

nuaba con un vigor y firmeza que tenian al duque loco de contento, pero sucedió que la jabalina no parecia tener intencion de dejarse cojer, y perros y cazadores tras una persecucion tan larga, tan encarnizada y sin descanso, empezaron á sentirse fatigados. Los sonidos del cuerno se fueron haciendo menos frecuentes, las voces de los monteros comenzaron á debilitarse enronquecidas y los caballos á moderar su ímpetu. Para mas desgracia, la noche amenazaba echarse encima antes de que pudiera el duque ver logrado su objeto.

Una hora todavía continuó la caza con la misma animacion. La jabalina ante aquella persecucion sin tregua, habia acabado por abandonar la astucia tomando el desesperado partido de correr en línea recta.

—Hua! hua! ya es nuestra!—gritaba el duque haciendo resonar estrepitosamente su cuerno.

Y todos los cuernos le contestaban formando un concierto diabólico.

Por fin, al cabo de cierto tiempo, ya no quedaban en la via mas que cuatro perros y tres cazadores de los mejor montados, entre ellos el de Arévalo. Toda la demás gente se habia extraviado ó quedádose atrás. Llegó en esto la noche.

—Señor, —le dijo Jorge, —páreceme que tendreis que abandonar vuestro intento.

—Aunque se me opusiera el diablo en persona, —contestó el duque.

—Es que he ahí la noche.

—Y he ahí la luna! —dijo el duque señalando el astro nocturno que aparecia en la inmensidad de los cielos. —Cazaremos á la luz de la luna! Debe ser delicioso!

Y con fuerte resoplido imprimió un nuevo estrepitoso acento á su cuerno para advertir al resto de la caza, pero todo estaba perdido ó extraviado, monteros, picadores, perros; de modo que solo dos cuernos contestaron á los suyos y cuatro perros dejaron oír un débil ahullido.

La jabalina era infatigable, pero tenia aquella vez que habérselas con un cazador de bronce. El duque habia jurado darla caza mientras tuviera fuerzas para acercarse á los labios.

Rató hacia ya que la persecucion se hacia á la luz de la luna y casi en silencio, de manera que era una cosa bien triste ver á aquellos hombres que se deslizaban rápidos como espectros por entre los árboles.

No tardó el duque en ver que uno de sus compañeros caia del caballo. Poco despues, el noble bruto que montaba Jorge se doblegaba bajo el peso

de su ginete y no quiso levantarse mas. Jorge, que como muchos hombres de aquella época, era supersticioso, empezó á creer que bien podria haber algo de magia en la infatigable celeridad de aquella jabalina, y gritó al duque que cesara en la persecucion, pero éste arrastrado por la carrera, no oyó sus palabras y aun cuando las hubiese oido, es de suponer que no hubieran hecho mella alguna en su esforzado ánimo y decidido empeño.

El de Arévalo prosiguió su escape, echando espuma por la boca. De cuando en cuando acercaba el cuerno á sus labios, pero viendo al fin que ninguno le respondia y que aquel silencio era espantoso, dejó de tocar y se entregó todo entero á su carrera fantástica á través de árboles y maleza. La luna le dejaba distinguir bien la jabalina y los cuatro perros que como otras tantas sombras le seguian. Bien pronto no vió mas que tres, luego dos, despues uno solo, en fin ninguno.

—Tiene el demonio en el cuerpo esa jabalina? —se dijo el duque que se empezó á sentir sobrecojido.

Debia ser cosa bien espantosa de ver aquella persecucion encarnizada á la luz de la luna, y aquella carrera misteriosa sin tregua ni descanso de una jabalina que parecia tener alas y de un caballo y ginete que parecian avanzar al viento.

El duque no perdia de vista á la jabalina inclinado sobre el cuello de su volador corcel, pero interin, no podia menos de reflexionar sobre aquella estraña caza. El de Arévalo no sabia donde se hallaba, veia pasar por su lado, como lejones de fantasmas con los brazos estendidos y amenazadores, hileras de árboles corpulentos, y de vez en cuando, allá, frente de él, en direccion al camino que seguia la infernal jabalina, veia atravesar unas luces misteriosas y débiles que cuando asomaban por entre los árboles parecian frutas de fuego colgadas entre las hojas, y cuando se dibujaban pálidas en el fondo de un horizonte iluminado por la luna, asemejaban estrellas desprendidas del cielo.

El duque estuvo casi por creer que aquellos grupos de danzantes luces eran los fuegos fátuos de un cementerio.

Entre tanto, jabalina y cazador seguian, no corriendo, sino volando, y volando en silencio, rápidos, misteriosos, fantásticos. Eran dos sombras que se perseguian.

De pronto, le pareció al duque ver algunos edificios que cruzaban por ante sus ojos, y se le figuró que su caballo pasaba rozando casi una elevada cerca. Iba á examinarlo mas detenidamente, cuando, tropezando su montura

en una piedra, se dejó caer de rodillas, y de un bote lanzó al duque de la silla enviándole á caer á cuatro pasos de distancia. Una exclamacion de sorpresa, único sonido humano que oía en dos horas, llegó hasta el caballero que se levantó precipitadamente y paseó una mirada atónita por su alrededor.

La luz de la luna le permitió hacerse cargo de todo.

La jabalina habia desaparecido en el torrente de su impetuosa carrera; el caballo que diera un bote para levantarse se habia vuelto á dejar caer y yacia exánime en el suelo; una puerta coronada por una gigantesca cruz negra se abria misteriosa ante el conde, que arrojando por ella la vista distinguió una porcion de cruces surjiendo del suelo y destacándose de entre grupos de maleza iluminados por la luna; y, por fin, una mujer de cabellos blancos y sueltos, de rostro pálido, de traje hecho girones, á quien sin embargo la hora, el sitio, el misterio, la luz de la luna, todo contribuía á dar cierta apariencia fantástica, se presentaba como guarda de los sepulcros junto á la puerta de aquella mansion de muertos.

Era la que habia lanzado la exclamacion de sorpresa al ver caer el duque.

El cazador nocturno sobrecojido, quizá por primera vez en su vida, de una especie de estupor, reconoció en aquella anciana á la que casi habia atropellado con su caballo aquella tarde al salir del castillo.

— Oh! Dios me le envia! — exclamó Marta.

Y se dirigió hácia el duque que permanecía inmóvil, atónito ante lo que veía, absorto ante lo que pasaba.

— Duque de Arévalo, — prosiguió la anciana con cierta solemnidad en su acento, — esta tarde he seguido tu caballo mientras he tenido fuerzas, y cuando he conocido que me faltaban y que me seria imposible alcanzarle, me he arrastrado hasta la puerta de este cementerio. Algo me decia en mi interior que un día supremo como este no se terminaria sin que yo te viera, y que Dios te enviara á mí. Dios te ha enviado. Óyeme pues, duque de Arévalo!

El duque contempló á aquella mujer que se le aparecía como una pitonisa antigua y volvió tambien á mirar en torno suyo. Trató de hacerse fuerte, de rebelarse contra la especie de congoja que sentía y la especie de autoridad con que le hablaba la anciana.

— Qué lugar es este? — exclamó. — Quién eres tú que me hablas en nombre de Dios?

— Quien soy yo? — dijo Marta con amargo acento, — es inútil que te diga mi nombre, no le conocerias, pero en este momento soy.... soy acaso la

voz de tu conciencia. Seré breve, — continuó la anciana. — Óyeme! Conoces este medallon?

Y Marta adelantándose hácia el duque le mostró á la luz de la luna el medallon que le hemos visto arrebatarse al cadáver de Sancho. El de Arévalo lanzó un grito, cojió la joya y examinándola, exclamó:

— Dios eterno! cómo ha ido á parar á tus manos?... este medallon...

— Este medallon se lo diste tú ha veinte años á una infeliz jóven que se llamaba Elvira.

— Oh! exclamó el duque cubriéndose el rostro con sus manos como si la anciana hubiera evocado con aquel solo nombre un recuerdo fatal de su historia.

— Sí, — dijo Marta solemnemente, — bien puedes ocultar el rostro, duque de Arévalo, para que la luz de la luna no descubra tu confusion y tu vergüenza. Con que, te acuerdas de Elvira, de esa pobre niña inocente, casta como el primer rayo del sol, á quien yo, servidora antigua de su casa, arrullé en la cuna con mis cantos y mecí en la falda con mis caricias?...

El duque parecia aterrado. Marta continuó con voz sombría:

— Una mañana, me acuerdo como si fuera ayer, Elvira de Azevedo, la perla mas preciosa de Placencia, subió á mi cuarto pálida, congojosa, bañada en lágrimas, y me dijo: «Marta, buena Marta, si dentro dos horas no estoy de vuelta, sin decirle nada á mis padres, sal de Placencia, diríjete á la cruz que hay á la entrada de la Vera y allí me encontrarás. No faltes, Marta!» Tenian tal desgarrador acento sus palabras, que prometí obedecerla sin atreverme á interrogarla. Pobre Elvira! yo la queria como si fuera mi hija! Pasaron las dos horas y no volvió. Salí entonces de Placencia como me habia dicho, me encaminé al lugar citado y allí la encontré, al pié de la cruz, terrible de dolor y desesperacion. Todo entonces me lo contó la pobre jóven. Un infame habia villanamente abusado de su candor y su inocencia, un hombre vil entre los mas viles la habia vendido y engañado. Elvira habia ido en busca de ese hombre que era noble y poderoso, que se llamaba.... os acordais, señor?... que se llamaba el duque de Arévalo, y aquel hombre sin piedad, sin rubor, sin corazon, la habia mandado poner por sus criados á la puerta de su casa!

«Solo yo sé lo que sufrió aquella infeliz jóven, solo yo que la di un poco de valor y fuerzas para resistir á su desesperacion y amargura. «Yó no quiero volver á casa de mis padres, me dijo sollozando. Si mi padre no me mataba de indignacion, me moriria yo de vergüenza ante mi madre!» Nobles y santas palabras, señor, que jamás se han borrado de mi memoria.

«Yo tenía un pariente en la aldea de Benavente. Nos vinimos pues aquí, á pié, las dos solas, regando Elvira con sus lágrimas todo el camino que seguimos durante nuestro largo viaje. Un año despues de estar aquí, ignoradas de todo el mundo y viviendo casi en la miseria, nos separamos para siempre. La desesperacion, la vergüenza, el llanto que jamás se borraba de sus ojos, todo habia minado la salud de aquella noble jóven que murió encargándome á su hijo, que murió en mis brazos sublime de dolor y de amargura. Al espirar, — prosiguió Marta pudiendo apenas contener los sollozos, — me llamó y me dijo: — «Mi hijoserá tu hijo: que jamás sepa á quién debe el ser, que no tenga nunca que bajar la cabeza avergonzado ante la falta de su madre y que sentirse estremecer de cólera ante el crimen de su padre. Si algun dia no obstante la misericordia de Dios quiere hacerle bajar al sepulcro antes de tiempo, y te conserva á tí la vida para amortajar al hijo como hoy amortajarás á la madre, entonces recoge el medallon que lleva al cuello, corre á buscar á un hombre aun que sea al cabo del mundo y dile: Tu hijo ha muerto; este es el medallon que distes en un dia de amor á su madre!»

— Cielos! gritó el duque apartando las manos de su rostro y dejando ver unas facciones horriblemente lívidas. — Cielos! mi hijo....

— Tu hijo ha muerto! — repitió lentamente la anciana. — Este es el medallon que en un dia de amor le distes á su madre!

— Mi hijo muerto! Y acaso vivia cerca de mí, en esta aldea... y yo lo ignoraba. Mi hijo! oh! Anciana, dime, dónde estaba mi hijo?

— Tú debes saberlo, — contestó Marta friamente, — porque esta mañana tu justicia le ha espuesto cadáver en la esplanada del castillo.

— En la esplanada!... cadáver!... mi justicia! — Balbuceó el duque que creia estar delirando. — No te comprendo, anciana! Dí, dí, por tu vida, — prosiguió clavando en ella una mirada horrible de angustia, — cómo le llamabas?... qué nombre le habias dado á mi hijo?

— Sancho Sanchez.

No fué un grito, fué un rugido lo que se escapó de los labios del duque. La sangre se agolpó en choque tan violento, en tan espantosa oleada á su cabeza, que sus ojos llegaron á humedecerse con ella.

— Horror! horror! y yo soy su asesino! — murmuró con un acento imposible de explicar cayendo de rodillas junto á la puerta del cementerio.

Marta se echó dos pasos atrás, las facciones desencajadas, la cabellera flotante y en desórden, brotando fuego sus ojos. En seguida, crispando sus puños, adelantando sus nervudos brazos y estendiéndolos sobre la frente inclinada del

duque, imponente de indignacion, de cólera, de majestad, perfilándose su sombra á la luz de la luna que pareció vestirla con un manto ondulante de mágica luz, exclamó con acento febril y nervioso:

— Asesino del hijo, yo en nombre de la madre, yo, yo te maldigo!

El duque lanzó un grito ahogado y desgarrador ante aquel anatema, pero en el momento mismo una sombra blanca se dibujó en la puerta del cementerio, una mano trémula se estendió tambien sobre la frente del duque y una voz, una voz dulce como el suspiro de una vírgen, melancólica como la vibracion de una lira, débil como el eco de las tumbas, una voz pronunció:

— Y yo, duque de Arévalo, en nombre de tu hijo, yo, yo te perdono!

Y dichas estas palabras que tuvo que hacer un violento esfuerzo para pronunciar, la sombra blanca retrocedió algunos pasos y se volvió á dejar caer pálida, mortal, exánime, sobre la tumba de que se habia levantado.

Era Leonor de Pimentel.

Leonor de Pimentel que mientras Martín corria tras ella hacía el Pinar negro, se dirigia al cementerio de la aldea donde por la mañana habia visto penetrar á la anciana con el cadáver de Sancho. Al llegar, vió una huesa con la tierra recientemente removida junto á la puerta, una tosca cruz clavada por una mano caritativa. Leonor comprendió por instinto que era aquella la tumba que buscaba, y se dejó caer estallando entonces su corazon como en el bosque la granada demasiado llena que revienta y lanza una lluvia de rubies. Allí habia permanecido hasta la noche, desde allí habia oido la conversacion que tuvo lugar en la puerta del cementerio, y ya la hemos visto levantarse en un impetu de calenturiento entusiasmo para ir á pronunciar, ángel de perdon, palabras de consoladora dulzura. En seguida, como anquilada por aquel esfuerzo, en el que pareció haber puesto todo lo que le quedaba de vida, Leonor se volvió á dejar caer sobre la huesa para no levantarse ya mas.

Allí se quedó como un flor que doblega su cabeza sobre su tallo, allí como una gota de rocío que seca un rayo de sol canicular. Allí se quedó, la pobre víctima de amor, envuelta en el sudario de luz que le formaron melancólicos los rayos de la luna, arrullada por los coros de gemidos nocturnos que murmuran las brisas de la noche cuando azotan las crespas cabelleras de los árboles de las tumbas.

Sus últimas palabras, como las de Sancho, habian sido de perdon, de perdon y de misericordia!

## EPÍLOGO.

Un mes despues, las puertas del monasterio de Yuste se abrian para dar paso á un peregrino que corria á ocultar en el fondo de un claustro una frente pálida, unos ojos abrasados de lágrimas, un corazon destrozado por todos los horrores de las mas furiosas tempestades del alma.

Este peregrino era el duque de Arévalo que á pié descalzo, comiendo solo yerbas y raices, atravesó el largo camino que separaba Benavente del monasterio de Yuste, retiro tranquilo y sosegado de piadosos solitarios.

Allí, en oracion continua, en incesante rezo, de rodillas siempre sobre el desnudo pavimento, el noble caballero terminó ejemplarmente, entregado á ascéticas y severas prácticas de piedad y recojimiento, una vida borrascosa de la que hemos descrito el mas terrible y mas dramático episodio.

Martin, arrojado del castillo por disposicion del duque, murió aquel mismo año de mala muerte. Un dia que atravesaba un rio á caballo, este perdió el vado, y montura y ginete fueron arrastrados al mar por la corriente.

La anciana Marta recibió parte de los bienes que el de Arévalo regaló á los pobres, y acabó su vida junto á una capilla que fundó para guardar los restos de Leonor de Pimentel, de Elvira de Azevedo y de su hijo el paje Sancho Sanchez.

Tal fué el fin de los personajes de esta historia (1).

(1) Véanse las notas al fin del tomo.

## IX.

## LA VIRGEN DEL CÁNTARO.

Ya otra vez en esta obra, á propósito de los Carmelitas, hemos recurrido al escritor francés M. Luis Lurine que ha viajado y escrito mucho sobre España, y que en medio de los disparates que en sus obras se ha atrevido á estampar hablando de nuestra patria, no ha dejado sin embargo con su buen talento y su pluma pintoresca de consignar en sus páginas algunas de nuestras mas bellas y graciosas crónicas.

Ahora bien; ocurriósele á dicho escritor cierto dia, en 1846, escribir algo sobre el monasterio de Yuste, y con esa superficialidad que forma el fondo del caracter de sus compatriotas, puso mano á la pluma y, ligeramente provisto de datos, se echó buenamente á volar como el artista de Placencia, sin que como aquél supiera á donde podria llevarle su desordenado vuelo.

En efecto, su obrita está plagada de inexactitudes, de monstruosidades, en que no es por cierto la menor la de hacer de Yuste un monasterio de franciscanos. Sin embargo, como todo lo que sale de la pluma de Lurine, su escrito chispea de gracia y verbosidad, de galanura y brillo, y convida á gustar al lector de su ambrosía como, deslumbradora de belleza, invitaba la encantadora del bosque al guerrero de la cruz á beber el filtro que en la dorada copa le presentaba.

Todo esto conduce á decir que cualquiera que lea su historia de Yuste, se sorprenderá acaso como nosotros mismos al encontrar una leyenda, allí incrustada como una perla en una concha, una original leyenda con todo el sabor de una vieja crónica española y al mismo tiempo con toda la frescura de un lienzo de Murillo. El interés que hallamos en su lectura nos hizo re-